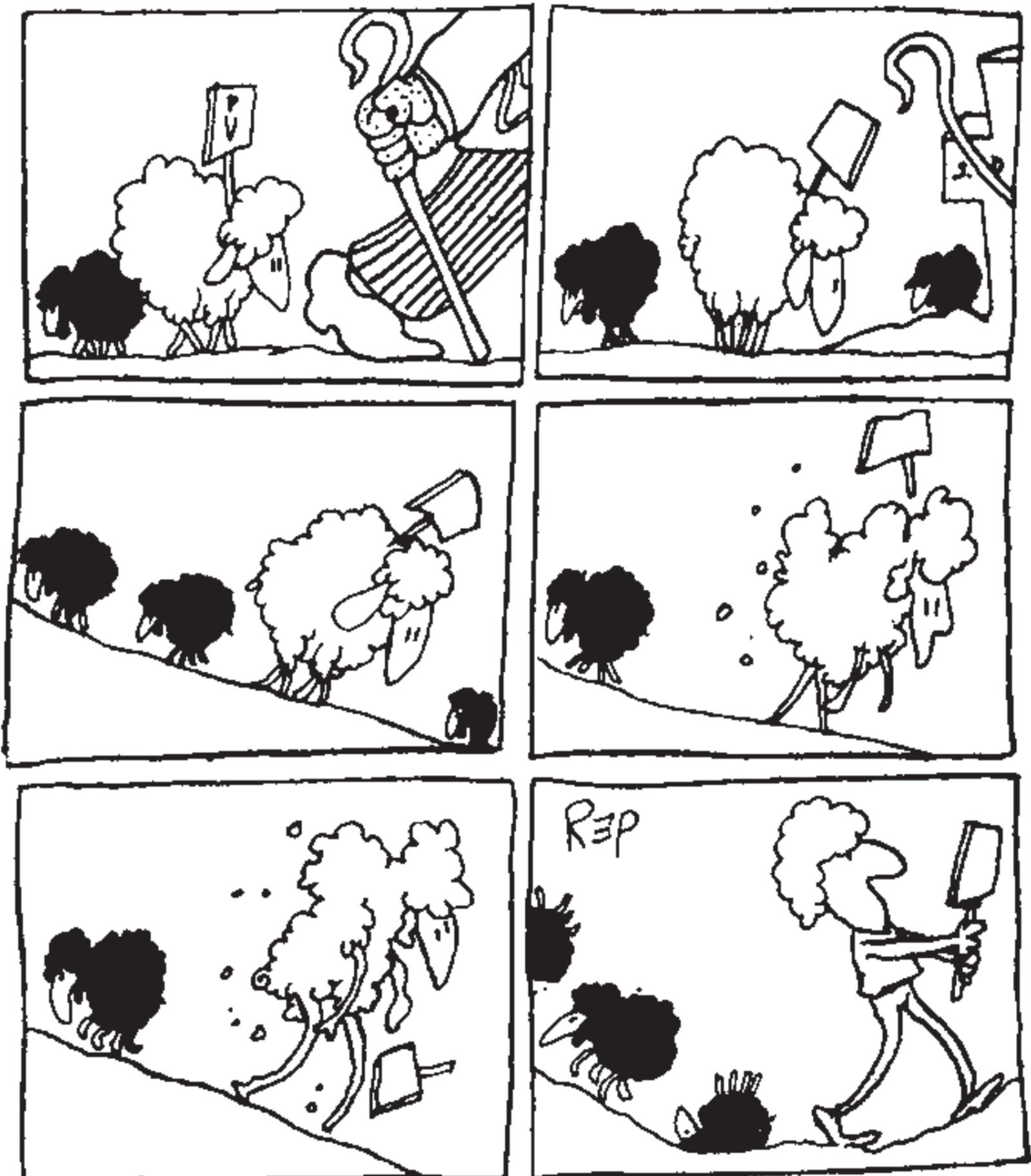


# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**128** Dos preguntas de casi imposible respuesta: ¿Quién tenía razón? ¿Dónde estaba la verdad?



## LA OAS PROTEGE A UN LÍDER DEL TERCER MUNDO

Uno de los contrasentidos más asombrosos del aterrizaje de Perón en Ezeiza —esa descomunal puesta en escena de la Historia— es que regresa al país como líder del Tercer Mundo. Así se había definido a sí mismo. Con Mao, con Fidel, con Ho Chi Minh se había comparado, era parte de esa clase de hombres, encabezaba una lucha similar a la que ellos habían protagonizado y protagonizaban. Así lo había interpretado la juventud peronista —en cuya fuerza y entusiasmo se afirmó para conseguir su regreso— y así lo esperaba para recibirlo. Sin embargo, en el palco que se había montado en la autopista Riccheri para recibir a este indiscutido líder tercermundista ¡había mercenarios franceses, chacales de la contrainsurgencia en Argelia, matarifes de la *Organization de la Armée Secrète!* Estaban los más grandes enemigos de las luchas tercermundistas. Los que habían dado todo para destruir el Frente de Liberación Nacional argelino. Los que habían torturado, asesinado, los que habían creado y ejercido con saña y rigor la Doctrina de Contrainsurgencia Francesa. ¡Estos mercenarios —estos furiosos enemigos de las luchas de liberación de los países del Tercer Mundo— eran los custodios del gran líder tercermundista que estaba a punto de aterrizar en Ezeiza! No será fácil encontrar en otros procesos históricos una paradoja, un contrasentido, semejante extravagancia. ¿Cómo había sido posible algo así? Lo sabemos de sobra a esta altura. Pero imaginemos que en Argelia —luego de la derrota francesa— se produce una contrarrevolución, encarnada por los paras y financiada por la derecha francesa. Imaginemos que ganan. Imaginemos que el general Massu regresa triunfador. Imaginemos que se le erige un palco de honor para recibirlo. Imaginemos que la custodia de ese palco se les encarga a los militantes guerrilleros del Frente de Liberación Nacional. ¿Quién podría creer esto? ¿A quién se le podría vender un disparate semejante? Así es la historia que hemos narrado. Tan intrincada, tan enmarañada, tan llena de mentiras, falsedades, intenciones ocultas y pactos entre las sombras que expresa una complejidad y hasta un contrasentido del tejido histórico que a nadie debe sorprender que terminara como terminó: explotando por los aires, con ruido y furor.

### “EL DISCURSO DEL OTRO”

La pregunta insalvable que ahora tenemos que afrontar es la que todos se han hecho alguna vez: ¿Dónde estaba la verdad? O como se dice más vulgarmente: ¿Quién tenía razón? Porque las discusiones acerca de la responsabilidad de los distintos sujetos actuantes en el camino que se fue trazando y que terminó exactamente en la boca del lobo han sido interminables. Esas disputas y hasta con frecuencia esas reyertas expresan interpretaciones sobre los hechos. Los hechos ya no pueden decirnos más. Están todos sobre la mesa. Ahora viene el vértigo de las interpretaciones. “¿Qué significa todo esto (escribe Eduardo Grüner), sino que la cultura —para bien o para mal— no consiste en otra cosa que en el combate de las interpretaciones?” (Eduardo Grüner, *Foucault: una política de la interpretación* en Michel Foucault: *Nietzsche, Freud, Marx*, revista *Eco*, Colombia, no tiene fecha de edición, p. 13). Significa esta afirmación que en Ezeiza —entre los tiros— se enfrentaban distintas interpretaciones de la Historia. Pero aquí vamos a decir algo atroz para toda la cultura académica del Occidente actual basada en el lenguaje, en Heidegger y sus herederos franceses. Si —ese 20 de junio— hubiésemos tenido la oportunidad de ser invisibles y treparnos a un helicóptero y ver las acciones desde él, o sea: desde arriba, ¿qué habríamos visto? Habríamos visto a hombres y mujeres. A sujetos en acción. A sujetos matándose, matando unos a otros, los otros muriendo o buscando protección, columnas que venían del sur, algunos de los que eran heridos conseguían huir o sacaban armas de escaso calibre que habían llevado y respondían. Gritos de furia, de dolor, de angustia y alaridos escalofriantes, terroríficos. Preguntémosle a un semiólogo: “¿Qué ve usted ahí?”. A un estructuralista: “¿Ya está armada la estructura? ¿Hacemos un corte sincrónico y la estudiamos?”. A un pensador de la sospecha (se tiene por tales a Marx, Nietzsche y Freud) de formación psicoanalítica. A un analista de la realidad tramado por Freud, Heidegger y Lacan. Antes de preguntarle algo, digámosle: “Usted sabe que hay tres grandes heridas narcisistas en la cultura de Occidente. La de Copérnico: no somos el centro del universo, el Sol no gira a nuestro alrededor sino al revés; la de Darwin: descendemos de los primates, y la más terrible (¡oh, cuánto dolor nos ha producido esto!): la del maestro vie-nés, Freud. Que nos dijo: la conciencia es una pobre cosa determinada por algo que he decidido llamar inconsciente (*Das Unbewusste*). El inconsciente es todo eso que la conciencia ha reprimido para poder vivir en medio de la cultura. La cultura implica la represión de las pulsiones más genuinas del individuo. (Ver el gran libro de Freud: *El malestar en la cultura*.) Según Foucault, el gran hallazgo de Freud es haber descubierto “que la conciencia reposaba sobre la inconsciencia” (Foucault, *Ibid.*, p. 37). Detesto esta fórmula porque vivo en

un país —el único en América latina— que ha tenido la excepcionalidad en el campo de los derechos humanos de juzgar a los represores del genocidio del que fue víctima. ¿Cómo juzgarlos sin una teoría de la conciencia entendida como lucidez, auténtica deliberación y absoluta responsabilidad? En lugar de acudir a libros del Tata Yofre, Astiz debió esgrimir la teoría del inconsciente en Freud. Y la específica formulación que le acaba de dar Foucault: “la conciencia reposa sobre la inconsciencia”. Flaco favor le ha hecho a Freud su admirador francés. La cosa, en Freud, es más compleja. Más atractiva se presenta en Lacan. Lacan lleva el inconsciente al terreno del lenguaje y establece dos fórmulas (sobre todo una) de gran valor para nosotros. Lacan ni lo habrá pensado pero hoy (en el siglo de las comunicaciones, en el siglo de la colonización del sujeto por los medios) las fórmulas “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” y sobre todo “el inconsciente es el discurso del Otro” son formidables. Sí, el inconsciente es el discurso del Poder. ¿Qué busca el Poder? Colonizar las conciencias. Si “la conciencia reposa sobre la inconsciencia”, entonces lo que realmente busca el poder es colonizar la inconsciencia. De aquí la formidable fórmula de Lacan (que ni la pensó para esto): “El inconsciente es el discurso del Otro”. Tomemos (otra vez: pero es casi inevitable) el ejemplo sublime del tache-ro argentino: durante todo el día escucha, a través de la radio, el discurso del Poder, el discurso del Otro. Lo recibe pasivamente. Ese discurso (que el receptor no elabora en modo alguno) trama la estructura de su inconsciente. Lo mismo le pasa al elegante empresario que lee *La Nación* o *Ambito Financiero*. Si lee *La Nación* todos los días su inconsciente “es el discurso de Morales Solá”. ¿Cómo no va a ser elegido Morales Solá el periodista del año si el inconsciente de la clase media alta y el de los empresarios esta constituido por “su” discurso? O sea, “el inconsciente de la derecha argentina es el discurso de Morales Solá”. Sucede, sin embargo, que Morales Solá no es “el Otro” de la derecha argentina, ya que forma parte de ella. Pero ese discurso es comprado por la clase media-media y se difunde por amplios sectores de la población. En suma, así como el Poder tiene que conseguir que su Verdad sea la Verdad de todos, tiene también que conquistar con su discurso mediático el inconsciente de los Otros. A esto le llamo *la colonización de la subjetividad*.

### TODA DIFERENCIA ES CONFLICTO

Volvamos al helicóptero. ¿Qué vemos? La Historia en tanto diferenciación. Ahí abajo, todos esos elementos son diferentes. No podía ser de otro modo. Todo elemento que surge en un sistema (lingüístico a lo Saussure o histórico) surge en tanto se diferencia de otro. Yo soy pero soy en tanto soy diferente de todos los otros que no son yo. Esta diferencia no es la maravillosa diferencia de las filosofías de lo plural, de lo múltiple, de los dialectos del amable señor Vattimo. Todos los dialectos son diferentes pero dialogan entre sí porque la diferencia es la riqueza de la cultura, el espíritu que hace posible la democracia, la pluralidad y, en última instancia, el mercado. No, señores. *Para nosotros, en este suburbio del mundo, hay una diferencia esencial: países pobres y países ricos*. “Ah, caramba, es cierto”, dice el gentil filósofo europeo que nos escucha atónito. Y lo dice como si recién se enterara de esa cuestión tan áspera, tal vez poco agradable y, sin duda, escasamente académica. Seguimos: Y esa diferencia (países pobres/ países ricos) se expresa también en los índices de hambre y de pobreza. Países con un alto o altísimo o escandaloso nivel de hambre y de pobreza y países con índices muy bajos en esos rubros. Sólo con eso que se llama muy graciosamente “enclaves del Tercer Mundo en sus economías”. Y esa diferencia —sigamos— no expresa la pluralidad democrática de nada sino todo lo contrario: expresa un conflicto. *Toda diferencia es conflicto*. Lo que hace que toda presencia surja como despresencia es la negación que otra presencia ejerce sobre ella. No hay ontología débil ni pensamiento débil. No hay nada líquido. Hay relaciones de poder, que son siempre relaciones de fuerza y sometimiento. Si yo tengo poder es para que el Otro se calle o diga lo que yo le he enseñado a decir. Toda una sociedad es capaz de hablar un mismo idioma. Entiendo aquí por “idioma” un sistema de ideas. A ese sistema de ideas solemos decirle sentido común. La gran tarea de los medios es crear el sentido común. Por ejemplo: los bolitas y los perucas nos vienen a sacar el trabajo. Este es un gobierno corrupto. Está lleno de montoneros. Está sediento de venganza. Gobierna una pareja que toma las decisiones en el dormitorio. A los chorros hay que matarlos. Los chorros son negros que no quieren trabajar. La culpa es del Gobierno que les da plata. Qué suerte que está Pino: nos salva de votarlo a Cobos. Queremos ser opositores, pero todos los otros candidatos nos condenan a ser de derecha. ¡Suerte que apareció, Pino! Nuestro orgullo y hasta nuestra elegancia de progres está salva-da. Ahora, con él, somos opositores... de izquierda. ¿Qué haríamos sin el campo? Este país siempre vivió del campo. ¿Sabe lo que me preocupa a mí? Me da cosa decirlo, pero es como si estos montoneros de mierda fueran los únicos capaces de gobernar este país. ¿A ver si tenemos que votarlos de nuevo! (Nota: Como se ve, aun el “sentido común” largamente traba-

jado por los medios tiende a erosionarse si no lo acompaña alguna praxis real, que le dé un contenido verosímil.)

Volvamos otra vez al helicóptero. Ahí, ahí abajo, se están matando. ¿Por qué? Porque la Historia es conflicto, antagonismo, agon. Son tan diferentes esos sujetos que uno no tolera que el otro siga vivo. (Dejamos de lado aquí la disparidad de fuerzas que se dio en Ezeiza.) ¿Cuántos significantes hay en esta tragedia! Todos matan en nombre del significante *Perón*. Pero mañana mismo Perón se va a encargar de dejar de ser un significante vacío. El significante Perón va a significar: “Duro con los zurdos. Con los marxistas. Con los infiltrados. No vine para ellos. Vine para licuarlos o liquidarlos”. Todos los que se enfrentan no lo hacen desde la inconsciencia. Saben muy bien lo que hacen y por qué lo hacen. Y aquí viene lo que quiero decir: la teoría de la conciencia como resultado de la inconsciencia me impide juzgar a los asesinos. ¿Es la conciencia la obediencia debida al inconsciente? Si es así, no hay ética posible. No hay responsables. Sólo hay víctimas de pulsiones que no pueden controlar. Freud habrá herido al Ego de Narciso, pero al hacerlo mató la posibilidad del juicio moral, de la condena a los asesinos, a los genocidas. Y no: cada uno es responsable de sus actos porque los cometió conscientemente. No como un autómatas, sino como un ser lúcido y cruel, ideologizado, lleno de odio y de pulsiones asesinas de las cuales era y es responsable. Por eso es posible juzgarlo. Si no, él también es una víctima. Pienso, centralmente, en el capitán Astiz.

¿Alguien cree que fue un juguete determinado por sus pulsiones inconscientes? Si así fuera, ¿cómo podría juzgarlo la sociedad? Más todavía: si todos fuéramos juguetes inertes en manos de unas pulsiones que nos manipulan y deciden por nosotros nuestros actos, ¿cómo podríamos fundar una moral? ¿O cómo siquiera podríamos hablar de ella? ¿Cómo podríamos querer o detestar a alguien? Una moral individual o una ética comunitaria sólo se tornan posibles si consideramos a todo individuo responsable de sus acciones. Todas esas frases que tienden a eliminar la libertad del sujeto sirven pero hasta cierto punto. Es cierto que no domino una lengua sino que hablo una lengua que me domina. No es menos cierto que —a partir de cierto momento— o empiezo a decir mis propias palabras o soy una pobre cosa sobredeterminada por los infinitos condicionamientos de la historia. “El hombre que se rebela es inexplicable”, dijo el mejor Foucault, el de Irán, el que se conmovió con la sublevación de “las manos vacías”. La filosofía y casi todas las restantes disciplinas humanísticas se han empeñado en los últimos treinta o cuarenta años en cercenar los márgenes de la libertad del hombre. Así es como llega Foucault a esa afirmación: “El hombre que se rebela es inexplicable”. “Puede ser (se lee en *La filosofía y el barro de la historia*). Ante los condicionamientos feroces del lenguaje, de la etnología, del inconsciente, de la semiología, de la lingüística, de la estructura, del positivismo lógico, del ser heideggeriano y del pensamiento estratégico sin sujeto, es posible que toda rebelión se haya tornado inexplicable.” Y aquí, no sé cómo, se me ocurrió una frase (posiblemente iluminado por la perseverante prédica del maestro Sartre) que saldría a pintar en las paredes: “Seamos inexplicables” (JPF, *La filosofía y el barro de la historia, Ibid.*, p. 650. En *La astucia de la razón*, que Jorge Alemán valora desde el ángulo de la psicología, hay un largo pasaje en que se desarrolla el tema del inconsciente como muro infranqueable —si se lo considera el incognoscible fundamento de las conductas— para juzgar a los protagonistas de cualquier genocidio: pp. 58/64, Norma Editorial, Buenos Aires, 2001. **Página 12** la reeditó en 2007 y Norma Editorial hará este año una nueva edición junto con *La crítica de las armas*, pues forman un díptico. Me equivoqué en el final de *La crítica de las armas*. No debí sofocar a Pablo Epstein en una maraña tan insoluble. ¿Por qué le negué toda salida, toda esperanza? La novela debió terminar con su viaje a México. Un viaje en que el atormentado Pablo se fuera a buscar a la hermosa guionista mexicana y se la arrebatara a su complejo, sinuoso amigo Hugo Hernández. Pero escribí ese final a mediados del año 2002. La Argentina se hundía. En medio del pesimismo de todos y del mío sepulté a Pablo bajo la sombra del cuervo de Poe). Pero no sólo tendremos que ser inexplicables para explicar la rebelión. Los enemigos de la rebelión también actúan libremente. También, siempre, en algún recoveco de sus hiperdeterminadas conciencias, son responsables de sus actos.

### MONÓLOGO DEL OLVIDADO

Pero no es sencillo decir que para todos es así. Si el primer Sartre le hacía decir a Orestes en *Las moscas*: *Estoy condenado a la libertad*, el niño de *Los olvidados*, la monumental película de Luis Buñuel, sabe, desde el inicio, que está perdido, que terminará como habrá de terminar, arrojado entre la basura como un despojo más, como algo que la sociedad se sacude de encima, excremento entre excrementos. Que está, en suma, condenado a ser lo que siempre fue, y que jamás algo así como la *libertad* habrá de rozarlo, por más que se lo proponga, por más que luche por esa causa que es la de su dignidad de persona. Vi de casualidad esta película. Estaba en Nueva York, visitaba a Nicolás Sarudiansky, el hijo de mi mujer. El y ella salí-

an no recuerdo a qué, y Nicolás, que es un gran cinéfilo, al ver que me quedaba solo, me dijo si no quería ver una película, “para entretenerse un poco”. Al descuido, pregunta: “¿Viste *Los olvidados* de Buñuel?”. Le dije que tal vez sí, pero no la recordaba. “¡No puede ser!”, exclama. “¡Vos tenés que ver esa película!” Lo dijo como yo le digo a Saccomanno y a otros que no pueden pasar por la vida sin ver el más grande film noir jamás filmado: *Night and The City*, ese monumento al destino trágico y a la desesperación y ese canto al poder de la luz en el cine. (Saccomanno y otros hasta el momento no han respondido a mi ofrecimiento. Allá ellos.) Pero Nicolás puso la peli, puso el DVD y me quedé solo, a oscuras, frente al genio de Buñuel. Es la historia de un niño pobre de toda pobreza, de un escuálido niño mexicano condenado a la derrota desde que asomó su nariz a este mundo. En una escena está contando huevos y los va poniendo en una canasta de considerables dimensiones. Uno lo mira. Otro trabajo idiota que le han dado. Cobrará algunos pesos y a otra cosa. De pronto, sucede lo increíble. El niño mira a la cámara, nos clava esa mirada en que yace todo el rencor, todo el resentimiento, todo el odio que un ser es capaz de sumar en su alma, y uno de los huevos no lo pone en la canasta, lo arroja contra la cámara y ahí queda, pringoso, tapando la visión, deslizándose a lo largo del foco con su lenta viscosidad. Somos, ahora, cómplices de su desdicha, nosotros, ahí, en un departamento en Nueva York, mirando la peli en DVD, cómodos, con nuestro corazón abierto a su desgracia, somos, igual que los miserables que lo explotan, aliados del sistema que crea a esos miserables y que ha creado ese mundo del que él no saldrá jamás. *Tomen, hijos de puta. ¿Se creen buenos porque ven esta película de Buñuel y sufren por mí? Ustedes son la misma mierda que todos. Son unos burguesitos con almas tiernas. Hasta van a derramar una que otra lágrima cuando, al final, me tiren entre la basura. Hasta van a recordar los documentales sobre Auschwitz. Pero después de estas ceremonias previsibles se van a olvidar de mí. Y vos, gordito humanista, si Nicolás vuelve con una buena pizza te la vas a devorar en tanto le comentás la escena del huevazo que te tiré como una genialidad del señor Buñuel, que recibió premios por esta película y todos le dicen todo el tiempo que es un genio. Pero yo voy a seguir siendo un negrito de mierda, perdido en Ciudad de México, uno de los lugares en que Lucifer erigió su Reino de las Tinieblas. Y no me charles con tu teoría de la libertad del sujeto porque yo, de donde estoy, no salgo más. La miseria es mi esencia. El hambre mi destino. En mí, la existencia no precede a la esencia. No empiezo por ser nada y luego libremente me voy dando el ser por medio de mis elecciones libres. ¡No me jodas, blanquito! En mí, la esencia no sólo precede a la existencia sino que la condiciona para siempre. Voy a ser hasta morir como un perro lo que siempre fui. Una insignificancia, una mala sombra, un envase descartable que se usa y se tira. Soy una existencia destino. No una existencia libre. Una existencia que nace entre la mierda, vivirá entre la mierda y como mierda morirá. Sé que vas a decirme que no. Que vas a arrojarme esa frase de tu maestro francés que de la emoción que te produce te hace cosquillas en las pelotas cada vez que la dices. Que uno es lo que hace con lo que hicieron de él. Mentira, cabrón. Lo que hicieron de mí no tiene retorno. Porque este sistema es así: están los que ganan y los que nacen para perder. No voy a ser otra cosa porque todos los días hacen de mí lo que soy. Entráte, burguesito: cada vez que intenté hacer de mí otra cosa de lo que ellos me hicieron ser me cagaron a patadas y volvieron a hacer de mí lo que fui desde siempre. Lo que ellos necesitan que sea. Un negrito más de la monstruosa Ciudad de México. Que sirva hasta que ya no sirve más y algún policía o algún otro rotoso le mete un balazo a una puñalada y lo tiran a la basura, de donde vino y a donde ahora, sin haber salido nunca, vuelve para toda la eternidad.*

A muchos de estos niños sin retorno rescataron Perón y Evita durante su primer gobierno. Será bueno decirlo aquí, dado que de tanto pasarle facturas al General acaso se piense que olvidamos lo que fue ese primer Gobierno que hizo junto a esa mujer excepcional. De aquí que la Jotapé tampoco delirara al conjeturar que, si eso había hecho en los ‘50, ahora haría más, sobre todo porque los tiempos eran los indicados. Sólo que los tiempos cambiaron bruscamente. Y que el viejo General había permanecido fiel a su áspera esencia de milico: anticomunista, autoritario y represivo. Siguió yendo a la Casa de Gobierno a las 6.30 de la mañana. Se sabe: los militares son así. Al pedo pero temprano. También Perón. Ni en eso había cambiado. En cuanto a los olvidados de Buñuel, el olvido se ha vuelto absoluto. Y los olvidados cada vez son más. Son una estructura interna, necesaria, del sistema de producción o del sistema financiero y bélico del capitalismo excluyente. Para colmo, la salvaje década neoliberal de los noventa los arrojó a las letrinas de la condición humana, los marginó en un mundo de carencias insolubles, sin retorno. Esos que se llenaron los bolsillos con el dinero fácil de la convertibilidad sabían que —en tanto se llenaban de oro sin medida, obscenamente— crecía, allá afuera, lejos, una masa de desesperados que sobrepasaba toda estadística. Se creó el mundo de la marginalidad y de la delincuencia. Lo crearon los avariciosos, los nunca satisfechos, los que no podían frenar su apetito de ganancias inde-

centes. El Estado dejaba hacer. Se había rendido a los pies de la economía y de los poderosos. Hoy, esos hipermillonarios se sienten inseguros y le piden al Estado —al que antes le decían que se apartara y dejara hacer— seguridad y mano dura. Nadie sabe cómo el capitalismo del siglo XXI solucionará esto. Acaso lo solucionen los marginales, los olvidados, pero no tirándonos algunos huevos a la cara, sino en la modalidad narrada en el relato que forma parte de este libro: *La última invasión de Buenos Aires*.

## NADA GRANDE SE HACE EN LA HISTORIA SIN PASIÓN

Otra vez, ahora, al helicóptero. Los que ahí se enfrentan son los sujetos de la praxis. Son los sujetos y los objetos de la Historia. Todos, en general, lo sabemos: la historia la hacen los hombres en condiciones que ellos no han elegido. Hay una fórmula de Marx aún más esperada y tal vez más decisiva. En el capítulo sobre *El carácter fetichista de la mercancía y su secreto* escribe: “Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas. Tenemos, pues, que volver la mirada hacia sus custodios, los *poseedores de mercancías*” (Karl Marx, *El Capital*, tomo I, vol. 1, Siglo XXI, Argentina, 2002, p. 103). Los poseedores de mercancías son los sujetos económicos. Son el ente antropológico. Es posible que —más tarde— el intercambio de mercancías los lleve a integrar un mundo tan objetal que haga de ellos objetos. Sí, es cierto. Pero al mercado las mercancías no van solas. Son los hombres quienes las llevan. En el origen de la cosificación está siempre el sujeto que se cosificará. Y ese sujeto, antes de cosificarse, actuó libremente. No puedo extenderme aquí sobre estos temas. Pero voy a llegar a un extremo que aterrozar a los cultores de Heidegger: *Protágoras tenía razón*. “El hombre es la medida de todas las cosas”. Todo lo que hace Heidegger en su Nietzsche es demostrar que Protágoras *no es* Descartes. No, no lo es. Protágoras no parte de la certeza subjetiva cartesiana para afirmar lo que afirma. Mejor todavía. Habla de un hombre más total. No sólo subjetividad. Pero lo que dice es irrefutable. Heidegger también tiene razón en un punto: “El Dasein es el Amo de lo Ente”. Eso es el capitalismo. ¿Qué tiene de extraño? Sí, todo funciona, menos donde todo no funciona. Sí, sólo un dios puede salvarnos. Pero ya no hay dioses. Cuando Nietzsche se queja y exclama: “¡Dos mil años y ningún solo dios!” (frase que Heidegger pone de acápite a sus dos formidables tomos sobre el loco de Turín) no se queja en vano. ¿A dónde fueron los dioses? Los mató el hombre. El hombre se ha adueñado de la tierra y de los hombres. Eso es el capitalismo. El ente antropológico es tan libre, es tan destructivo y ambicioso que sin duda terminará por arrasar la tierra. “¡Pronto fabricaremos al hombre!”, se queja Heidegger en *La Ciencia no piensa*. ¿Y qué esperaba el Herr Rektor de Friburgo? No fue casual que el desmedido talento de Mary Shelley, en una noche lúgubre, castigada por el torrente y los relámpagos, imaginara, dejando anodados a Percy Shelley y Lord Byron, la metáfora ineluctable del Dr. Víctor Frankenstein. ¡Claro que fabricaremos al hombre! (Que lo fabricarán, para ser más precisos.) No hay nada que el espíritu insaciable del ente antropológico se haya prohibido, nada que se prohibirá. ¡Y a este monstruo de la destrucción, de la devastación de la tierra, lo quieren atrapar entre las redes de las palabras, del inconsciente, del ser! ¿Alguien cree que al Imperio Bélico Norteamericano le importa el ser? Sí, para que lo estudien en sus academias y se olviden de ese rojo de Marx, del alemán loco de Hegel y de ese francés que célebremente dijo: *Todo anticomunista es un perro*. Estudien a Heidegger, cómo no. Pero no esperen que vayamos al Protocolo de Kioto a salvar el planeta. Porque nosotros, los amos del ente, los guerreros del tecnocapitalismo, necesitamos quitarle a este planeta todo lo que pueda darnos hasta dejarlo exangüe. Una vez ahí nos iremos a otra parte. Ya hemos planeado eso.

Los mercenarios de Ezeiza eran la negación absoluta de los militantes que se acercaban al palco. Más diferentes no podían ser. Si uno, años después, los mira cuando salen en la tele y los analiza, descubre que cada uno es como es, que se ha hecho a su medida, que cada arruga de su cara, cada gesto, cada movimiento de sus manos, cada entonación de su voz y hasta las palabras elegidas, todo eso le pertenece, lo construyó él a lo largo de los años. Brito Lima le dice a Felipe Pigna: “He cumplido como un fiel soldado a un viejo general”. Tiene la boca ladeada. Habla mal, se lo ve medio tarado pero guarda: es Brito Lima. Ni tarado dejará de ser mortífero. Sigue: “No soy violento, pero no soy boludo”. Gran frase. Más claro, agua. Lo que, en verdad, dice es: “Yo soy un ángel. Si no me joden, no mato a nadie. Pero no soy boludo. Si alguien se pone en mi camino (el que lo hace, ese sí: ése es un boludo) le paso por encima y ni pierdo el tiempo en mirar qué dejé atrás”. Continúa: “Si me vienen a agredir van a encontrar a un hombre. Y guarda con la ira de los justos”. Este tipo estaba en el palco de Ezeiza. ¿Hay alguna filosofía que explique a Brito Lima? ¿Brito Lima es un juguete de la Historia o un protagonista? ¿Y cuando el Tata Yofre dice con total impasibilidad que Monto-

neros y el ERP son “la basura”? ¿Alguien le puso eso en la boca?

Digámoslo claramente: estamos llegando al final (acaso provisorio) de este libro y todo ha sido un desborde de historicidad. No creo que nadie pueda decir qué es el peronismo. Pero es posible que ahora sepa por qué no puede decirlo. Porque el peronismo ha sido el gran relato de la historia argentina de los últimos setenta años. Y —guste o no, para bien o para mal, no corresponde aquí juzgar algo tan complejo y contemporáneo— la obstinada generación del setenta ha retornado al gobierno con los períodos presidenciales de Néstor y Cristina Kirchner. El Tigre Acosta debe haber sido muy sincero cuando dijo: “Tendríamos que haber matado más gente”. Lo deben estar pensando muchos atildados caballeros de las finanzas o del periodismo que, desde luego, no lo dirán. Pero posiblemente se hayan confesado: “¡Caramba! Nunca creímos que habían quedado tantos. Ha sido un gran error. Tendríamos que haber exigido ir más a fondo”.

Hay algo más: cuando hablamos de un desborde de historicidad decimos que hubo un desborde de pasiones. Hegel (mucho más que los estructuralistas y los post) les daba a los individuos un gran papel en la Historia. Sin ellos, nada sería posible. Ellos ponen la pasión. Frecuentemente la razón absoluta, con su astucia, los sorprende y les revela que se apasionaron por fines que no eran los que buscaban, porque ellos son el medio y la razón absoluta el fin. Pero no hay fin si no hay medios. Y los medios son los individuos, que siempre llevados por sus pasiones se comprometen con la Historia. De aquí esa maravillosa frase del maestro de Jena: *Nada grande se hace en la historia sin pasión*. Que vendría a decir: nada grande se hace en la historia sin los hombres. Sin el ente antropológico. De modo que si tanto se ha dicho que el sistema hegeliano es una teología encubierta, también podríamos decir que es una clara, evidente antropología. Que la teología hegeliana (si la hay) depende de su pasional antropología. Y si este libro desborda historicidad su lectura será necesaria para tanto higo seco que cree que la filosofía se hizo para los signos, los matemas, las fórmulas pseudomísticas (la propiación del ser por el hombre y del hombre por el ser), los imperativos al silencio: callar sobre lo que no se puede hablar (cuando justamente resulta que eso de lo que no se puede hablar es casi lo único sobre lo que tiene sentido hablar) o las célebres fórmulas derrideanas que arrasan en la academia estadounidense y en los departamentos de Teoría Crítica de casi el entero mundo: *il n’ y a rien hors du texte*. O su otra formulación: *il n’ y a pas de hors-texte*. Lo que significa: nadie puede evaluar o justipreciar o criticar o construir el sentido de un texto refiriéndolo a cualquier elemento externo a él. Con lo que se llega a concluir que un texto puede poseer tantos significados que jamás podrá tener uno (*De la Gramatología*, 1967). Falso. Todo texto apunta a algo. Todo texto expresa algo que lo trasciende. *Más allá de Mein Kampf está Auschwitz*. Le guste o no a Derrida. (*Nota*: Como sea, Derrida fracasa de un modo entre patético y ridículo en el affaire Paul De Man. Este personaje fue el que difundió la deconstrucción en Estados Unidos. Una vez que abandonó este mundo se descubrieron escritos suyos de una no tan lejana juventud. Eran escritos nazis y antisemitas. Derrida, buscando defender a su amigo, intenta deconstruir esos textos. Lo hace. Pero no hay caso: los escritos de De Man siguen siendo nazis y antisemitas. Lo que se escribe se escribe. Ni la deconstrucción puede alterar lo que un texto dice.)

Insisto con el desborde de historicidad. Suelo decirles a algunos amigos que, cuando termine este libro, voy a escribir uno sobre el radicalismo. Se ríen. “¿De cuántas páginas? ¿De treinta y cinco?”. Exageran, pero es así. Si los extranjeros no entienden el peronismo que no se pongan nerviosos. Hay cosas muy difíciles de entender. Tal vez nosotros no lo entendamos nunca verdaderamente. Porque ahí se ha metido todo. Se ha metido la entera condición humana. De aquí que a veces crea que éste es un libro sobre la condición humana a propósito del peronismo.

En cuanto al lenguaje, nadie puede contarse entre sus detractores. Es fundamental. No voy a decir lo contrario: vivo del lenguaje, amo el lenguaje, escribo por medio del lenguaje. Pero es siempre el ente antropológico el que está en la base del lenguaje. Que el lenguaje es la casa del ser y el hombre su pastor suena lindo, pero hasta cierto punto. Es mala poesía pastoril. El lenguaje no es la casa del ser. El hombre no es un pastor. Es un faenador impiadoso de dulces ovejitas, de vacas, de pollos, faisanes, ciervos y de todo lo que ande suelto por ahí y le sirva para algo. El hombre no es un bucólico pastor. Si es necesario barrerá con napalm las más bellas praderas. ¿De qué habla Heidegger? A veces pierdo la paciencia. Pero la recupero en seguida porque lo respeto, lo leo desde jovencito, me formé con él y con los otros grandes, por supuesto. Pero, Herr Martín: el hombre elige las palabras que lo expresarán. Si odia a otro le dirá coherentemente: “Te odio”. Y si alguien se atreviera a decir que esas palabras ya estaban hechas para expresar esos sentimientos. Que ese hombre no ha hecho sino acudir obedientemente a ellas, diré que un buen porteño, en

lugar de *te odio*, le dirá una de nuestras más ingeniosas invectivas, porque somos buenos en eso, muy buenos, me animo a decir. Le dirá: *Andate a la recalcada concha de tu hermana*. Con lo que usará el lenguaje como transgresión, punta de lanza, ofensa terminal y prelude de una pelea posiblemente mortal. Siempre que el tipo que recibió el insulto quiera mucho a su hermana y se encuentre dispuesto a defender su honra. Si no, le dirá: “¿Sabés, hermano? Tenés razón. Mi hermana, más puta, difícil”. Y se irán a tomar una ginebra. (Sé que este pequeño relato es machista. ¿Y qué? Si los tipos son dos machistas. ¿O no los hay? Los que escasean son los otros.)

Además, el hombre es un depredador de hombres. Desde Jack el Destripador pasando por todos los asesinos seriales que en el mundo han sido antes y después de él hasta la maquinaria bélica del Imperio Norteamericano el hombre está hecho para matar. También para pintar la *Sixtina* o componer la *Sonata en Si menor* de Liszt. Pero la Historia se hace acumulando cadáveres. Volveremos sobre esto. Por ahora, quiero cerrar este tema: los que se enfrentaron en Ezeiza fueron sujetos que eligieron y decidieron desde sí el papel que jugaron. El sujeto no es —como afirmaron durante décadas los estructuralistas y los post— una pequeña cosa hiperdeterminada que apenas si asoma entre la maraña de la trama histórica. El sujeto es el agente de la praxis. No hay Historia sin sujetos. Y los sujetos son víctimas de la Historia. Esto lo sabemos desde siempre. Pero quiero citar muy especialmente a León Rozitchner y hago más sus palabras: “El lugar del sujeto como fundamento del sentido de la verdad fue ignorado, pese a que esa fuera la fuerza que el intelectual tenía como ideológicamente propia. ¿Qué queda de la filosofía si no piensa que el sujeto es el núcleo de la verdad histórica, sobre todo en el campo de una política que quiere reivindicar el fundamento más cierto de la democracia?” (León Rozitchner, *Primero hay que saber vivir, Del Vivirás materno al No matarás patriarcal*, revista *El Ojo Mocho*, N° 20, 2006, p. 29). Es cierto que todo el esfuerzo del poder radica en anular al sujeto, pero si ya se lo anula de la teoría ¿qué se puede esperar? No es casual que Foucault, enemigo del sujeto (por seguir a Heidegger y a Nietzsche y escapar de la peste hegeliano-marxista-sartreana), no haya hecho otra cosa sino analizar el Poder hasta fines de 1979. La filosofía foucaultiana —que pretendía ser una filosofía de lo Múltiple— termina siendo una filosofía de lo Uno. Lo Uno es el Poder. A eso llevan Nietzsche y Heidegger, pensadores de derecha. Fascinantes, pero de derecha. En un importante coloquio al que asistí en Italia sobre la novela policial, un escritor francés dijo clara, vivamente: “El estructuralismo aniquiló en mi país a toda una generación de escritores”. Las mejores novelas que se han escrito giran en torno de sujetos, esos sujetos se comprometen en tramas, pasiones, ansias de absoluto, asesinatos, suicidios, traiciones, sexo para sofocar la angustia, sexo masoquista, herencias, filicidios, parricidios, en fin: la vida. Que es algo que les ocurre a los sujetos —dentro de las estructuras, sí— pero a ellos sobre todo.

Entremos en el tema de la verdad. Hemos analizado a todos. Todos los protagonistas de ese año de 1973. Le hemos dedicado cerca de 900 páginas a un solo año. Confieso que siempre quise hacer esto. Hace muchos años que me prometo: me gustaría escribir la historia del año '73. Ya está. Traté también otras cosas. Pero se centraban en las temáticas del '73. Todas las pasiones se dieron en él. Es un año para analizarlo, no para vivirlo. Vivirlo fue vivir la maldición china: el '73 tuvo lugar en medio de una temporalidad terriblemente interesante. La maldición china radica ahí: que te toquen tiempos interesantes para vivir. Son interesantes pero son pavorosos. A partir de enero, la campaña electoral protagonizada por la Jotapé. Reportaje del diario *Mayoría*: “Aquí va a gobernar la Juventud (dice Perón). Aunque tengan que arreglar esto a patadas”. Cierre de campaña en el estadio de Independiente. Asume Cámpo-

ra. La plaza del 25 de mayo de 1973: el cielo con las manos. La liberación de los presos: una segunda oportunidad para los condenados por la dictadura, el gobierno del pueblo confía en ellos, ya no habrá motivos para la violencia. El discurso de Righi a la policía. Seguía el sueño, la patria de lo increíble, la patria de los sueños realizados. ¿Cómo puede ser todo tan hermoso? Regresa Perón. Van todos a buscarlo. La esperanza, la alegría, la certeza de un futuro de plenitud desborda los corazones la multitud. Y se acabó. La tragedia. El regreso sombrío de Ezeiza. Cientos de miles de seres que caminan en silencio por una autopista sobre la que se abaten las sombras finales del día más largo del año, el 20 de junio. El discurso de Perón: la juventud maravillosa murió. Son, ahora, infiltrados. La marcha a Gaspar Campos. Perón pone a López Rega (cuya cabeza había pedido la Jotapé) como enlace entre él y la ex juventud maravillosa. La renuncia de Cámpora. Asume Lastiri. Empiezan las acciones armadas de los grupos de derecha. Nuevas elecciones. Una fórmula que no le gusta a nadie. Pero ahí van todos: si tiene que quemarse, que se queme. Se vota a Isabel porque se vota a Perón. Maravilloso: Perón gana por un porcentaje enorme. Ahora sí: se acabó la violencia. Gobernará Perón y todos se le van a someter. Nadie puede ponerse en contra de un líder de su importancia que además gana unas elecciones democráticas con semejante margen de votos. Asesinato de Rucci. “Fuimos nosotros.” La incredulidad, la bronca, la impotencia de los cuadros de superficie. Se va todo al infierno. La derecha, con Perón al frente, responde: el *Documento Reservado*. Atentado a Hipólito Solari Yrigoyen. Por primera vez la Triple A pone su firma. Perón da su discurso de fin de año. Si en febrero dijo que iba a gobernar la juventud, ahora agradece muy especialmente a los Servicios de Informaciones. Se crea la JPLEaltad. Termina el año. Pensemos sólo esto: Félix Luna, en *El 45*, arma todo alrededor de un solo hecho espectacular, decisivo: la acción de masas del 17 de octubre. ¿Cuántos hechos decisivos hay en el '73? Además son hechos de violencia, con torturados, con muertos. Esperanzas ilimitadas y desilusiones dolorosas, definitivas. Sin retorno. Nada tuvo retorno.

## VERDAD Y BIO-PODER

La cuestión es: ¿alguien tuvo razón? Planteada así es incorrecta. La verdad no se relaciona con la razón. No vamos a entrar aquí en el complejísimo tema de la razón. Es el lenguaje común el que identifica razón y verdad porque hunde sus raíces en el racionalismo burgués, en que la razón —al establecer la adæquatio entre el sujeto y el objeto— entregaba la verdad. La “verdad” era esa concordancia entre sujeto y objeto, en que la supremacía la tenía el sujeto, que era el que constituía al objeto. La gnoseología ha avanzado mucho desde entonces. Desde Nietzsche —sobre todo— la verdad ha tomado su verdadera perspectiva de beligerancia. No hay una verdad. Nietzsche lo dijo al decir: *Dios ha muerto*. Más claramente lo dijo al decir: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Eso que, durante siglos, en el Medioevo, se llamó la *verdad revelada* era algo que provenía de Dios y que éste ponía en manos de su Iglesia, en su más alto representante y en sus prelados para que éstos lo comunicaran al *popolo minuto*. Se instaura así el más grande de los poderes que una Institución ejerce sobre los hombres: *el poder pastoral*. Los pastores son los que sirven a los desdichados que atraviesan este mundo de lágrimas escuchándoles, entregándoles consuelo y —a la vez— apropiándose de su intimidad subjetiva. Digamos, de sus almas. Con los siglos el poder pastoral se debilita pero el poder se encarna ahora en el poder del Estado, que cumple una función similar. “Ya no se trata de conducir a la gente hacia la salvación en el más allá, sino más bien asegurársela en este mundo. Y en este contexto la palabra salvación adquiere un significado diferente: salud, bienestar (esto es, riqueza suficiente, buen nivel de vida), seguridad, protección contra los accidentes. Una serie de objetivos ‘universales’ toman el lugar de los objeti-

vos religiosos del pastorado tradicional” (Hubert L. Dreyfus — Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, p. 247). Luego, las llamadas ciencias humanas se consagran a estudiar al “hombre”, pero con el propósito de dominarlo. A esto Foucault le llama *bio-poder*. Y a la sociedad en que ese bio-poder se realiza: *sociedad disciplinaria*. La ensayista Nancy Fraser —en su libro: *Michel Foucault: ¿a “young conservative”?*— exclamó: “If that discipline. I am for it”. Claramente traducido es: “Si ésa es la disciplina (o si ésa es la sombría sociedad disciplinaria), estoy por ella”. (Estoy a su favor o Estoy por eso.) Algo que nosotros (aun con mayor entusiasmo pues vivimos en sociedades no-disciplinarias, sociedades en que: “salud, bienestar (esto es, riqueza suficiente, buen nivel de vida), seguridad, protección contra los accidentes”, no están asegurados para nada y en que el bio-poder se ejerce por medio de la violencia policial y de las nuevas pistolas lanzarrayos) debiéramos clamar con más fuerza y hasta desesperación que Nancy Fraser: “¡Queremos la sociedad disciplinaria de Michel Foucault! ¡La queremos en nuestras villas miseria, en nuestras escuelas de frontera, en el conurbano donde la policía, lejos de aplicar el refinado bio-poder, hace uso de sus armas de fuego, de su mortífera vocación por el gatillo fácil, practica puntería contra todo chico que tenga la piel oscurita y, en lugar del bisturí del consultorio médico que ha reemplazado al confesionario del sacerdote medioeval, utiliza la picana eléctrica, acaso motivado por ese legítimo orgullo que todo invento nacional despierta en una comunidad!” (La cita de Nancy Fraser en: Pablo López Alvarez, Jacobo Muñoz, *La impaciencia de la libertad, Michel Foucault y lo político*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, p. 159). El año pasado, en Roma, Giacomo Marramao me decía: “Tengo un amigo foucaultiano. No sabes lo que me cuesta tolerarlo. Sólo sabe hablar del bio-poder. Le he dicho varias veces: *¡Terminala con el bio-poder, cazzo!*”). Del modo que fuere, dejemos la anteojeas eurocéntricas de Michel y veamos de cuál de las cosas que con talento llevó a primer plano nos podemos servir. Escribe: “Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...). Solamente en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder unos sobre otros, comprenderemos en qué consiste el conocimiento” (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 28).

No es casual que hayamos asistido a lo largo de todo este libro a luchas incansables, a enfrentamientos sanguinarios, fusilamientos, secuestros, torturas y atrocidades varias. Así es la historia del hombre. No la del heroísmo en especial. La historia humana sin más. La macro y también la micro. Lo demás, el amor, la amistad, el gran arte, esas cumbres sublimes a que los seres que habitan este cascote del universo pueden arribar son de menor relevancia y también excepcionales. Asimismo son las únicas que —en un supuesto juicio a la raza humana— podrían jugar a su favor en algún alegato desesperado. El resto ha sido la catástrofe que presencia el *Angelus Novus* de Walter Benjamin. Sin embargo, dentro de esa catástrofe incesante que es la historia del hombre suelen tejerse relatos de enorme densidad, en que se juegan pasiones extremas, en que la ley es lo desmedido, lo inmoderado, ese territorio en que reinan los extremos, el ruido y la furia de Shakespeare donde el relato, lejos de estar asumido por un idiota, es narrado por cientos, por miles o cientos de miles de idiotas, que se matan unos a otros porque todos creen tener la verdad y quieren imponerla del único modo posible: aniquilando la verdad de los demás.

¿Por qué esto es así?

**Colaboración especial:**  
Virginia Feinmann — Germán Ferrari

**PRÓXIMO DOMINGO**

**1974-1975: El desastre**

IV Domingo 2 de mayo de 2010